

Sorprendente irrupción del “kairós” de Dios (La importancia de la Pastoral extraordinaria)

En los procesos evangelizadores tiene indudable importancia lo cotidiano. La pastoral ordinaria, la de todos los días, es imprescindible, ya que la costumbre de lo ordinario sedimenta lo aprendido o vivido haciéndolo patrimonio de la persona y tradición del grupo. Es más, quien hace posible las acciones evangelizadoras extraordinarias es la pastoral ordinaria. Pero para dar perdurabilidad, consistencia e identidad cristiana a lo que hace la pastoral ordinaria, es conveniente remover de vez en cuando las aguas bautismales, de las que siempre renace la vida con nuevas posibilidades y renovado impulso.

Las acciones extraordinarias de evangelización tienen la finalidad de incentivar, activar o reactivar y pueden contribuir a liberar a las personas y a las comunidades de la rutina y de la costumbre, que son la tumba del espíritu humano.

En pastoral, es muy sabio combinar los procesos normales en la transmisión y crecimiento de la fe, con una pastoral a ritmo diacrónico o arrítmico entre tiempo cronológico y tiempo salvífico; una pastoral desde la sorprendente irrupción del “kairós” de Dios, o una pastoral de mediaciones calculadas desde la racionalidad humana.

Las misiones parroquiales, los ejercicios espirituales, las predicaciones especiales, las experiencias solidarias... son acciones o presencias evangelizadoras extraordinarias e interpelantes. Las realiza la Iglesia, enviada-misionera, y son diferentes de las acciones o presencias evangelizadoras ordinarias. Son presencias o acciones accidentales, pero necesarias, porque los procesos de anuncio y acompañamiento en la maduración en la fe llevados adelante por la pastoral ordinaria, necesitan de cuando en cuando el estímulo de la sorpresa de la gracia, la recepción del “enviado” que, como tal, llega de fuera y brinda la oportunidad de ensanchar el propio horizonte de fe. En muchos casos supone una toma de conciencia de la propia identidad cristiana y la vivencia de experiencias de fe inolvidables. Es por esto por lo que el CIC recomienda: “En ciertas épocas, según las prescripciones del Obispo diocesano, organicen los párrocos aquellas formas de predicación denominadas ejercicios espirituales y misiones sagradas u otras adaptadas a las necesidades” (CIC 770).

Parece claro que estamos en un cambio de época. Son muchas cosas las que están en cuestión a todos los niveles. En concreto, la llamada Misión Popular Renovada ya no resulta tan renovada y fructífera, sobre todo en ambientes urbanos, como lo pudo ser hace unos años. Quizá sea este uno de esos momentos de la historia en los que para algunos habría que abandonar las Misiones Parroquiales, porque no se considera que puedan dar respuestas válidas para esta coyuntura.

Para los que nos sentimos urgidos por un carisma misionero-itinerante al servicio de la Iglesias particulares, ciertamente éste es tiempo propicio para crear o revitalizar estilos, metodologías y materiales adecuados para seguir ofreciendo a las comunidades cristianas este medio tan valioso para la evangelización. “Lo imposible es frecuentemente lo que no se intenta” (Jim Goodwin); sólo quien está cargado de esperanza es creativo, es decir, quien ha sido agraciado con una

“nueva visión” de las cosas y se compromete a hacerla realidad. Para ser creativos, necesitamos la capacidad de extraer del caos nuevas realidades, de forma que, como decía un poeta chino: “llamamos a la puerta del silencio y nos responde la música”. La creatividad de los misioneros ha de nacer de su pasión por el Reino y de la “comunidad operativa entre los diversos carismas que asegurará un enriquecimiento recíproco y una eficacia más incisiva en la misión” (VC 74).

Son muchas las cuestiones que, como misioneros, nos preocupan en los últimos años y que están afectando a la acción misionera de la Iglesia. En algún momento pueden salir del corazón del misionero, de los miembros de los equipos sacerdotales de las parroquias y de los agentes de pastoral en general, las palabras desalentadas del Pedro: “Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada” (Lc 5,5a).

Hemos buscado y trabajado con denuedo, nos hemos cansado y al final... una pobre barca cargada de interrogantes: ¿Cómo escuchar, dialogar y dejarse interpelar por los hombres y mujeres de hoy? ¿Es posible convocar a quienes no consideran interesante quien les convoca ni valioso para lo que se les invita? ¿Qué hacer para que el proceso evangelizador conecte con los centros de interés, el mundo de valores, las dificultades y las alegrías, los modos de expresión y la historia peculiar de las personas a las que somos enviados? ¿Cómo anunciar el Evangelio y facilitar el encuentro personal con Jesucristo a quienes no tienen tiempo para la escucha y para el encuentro? ¿Cómo suscitar y fortalecer la experiencia de Dios en una época en la que se cuestionan los procesos? ¿Cómo hacer que la pastoral ordinaria de las parroquias tenga como paradigma la acción misionera? ¿Cómo seguir acompañando a los que han vivido una fuerte experiencia de Dios? ¿Cómo afrontar en nuestros planteamientos y acciones evangelizadoras el creciente fenómeno de la diversidad?...

Una vez más, resuenan en nuestros corazones unas palabras de Jesús cargadas de fuerza y de sentido “Remad mar adentro” (Lc 5,4). En medio de nuestras incertidumbres, “la esperanza, como decía G. Marcel, es el resorte secreto del hombre itinerante”. En nuestro caso, es una esperanza alentada por la Palabra del Maestro, que nos aleja de los terrenos del inmovilismo y desconoce el “no vale la pena” y el “ya hemos llegado”, y nos conduce a creer y a unirnos a la acción escondida y cierta de Señor Resucitado. El futuro de la evangelización está asegurado por el señorío de Cristo y está garantizado por acción renovadora del Espíritu.

Trabajamos por el Reino, que ya está entre nosotros y que crece sin que nosotros lo advirtamos y, consecuentemente, sin que podamos gozarlo en plenitud. Merece la pena recorrer los caminos de nuestro mundo como misioneros itinerantes al estilo de Jesús con sus apóstoles, anunciando y haciendo presente la alegría del Evangelio.

Pedro Cabrera Jiménez, cmf.

Coordinador del Equipo Claretiano de Evangelización Misionera